

LA LIDIA

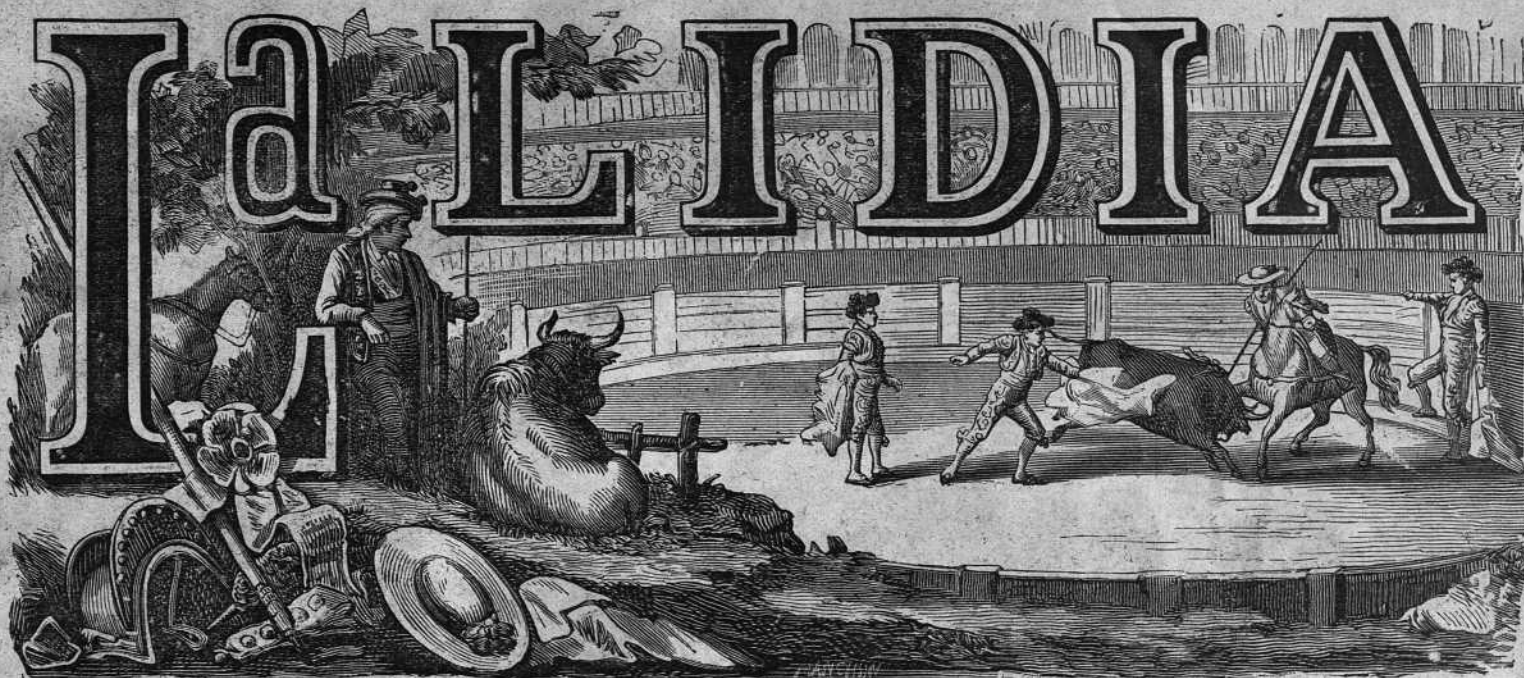


Año 1888



NÚMERO EXTRAORDINARIO, 30 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 50 CÉNTS.



PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. Pesetas, 2,50
 Provincias: trimestre. " 3

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 íd. extraordinarios. " 5

La correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

SUMARIO.

Advertencias.—Menéndez y Romero, por D. Jerónimo.—Recuerdos de antaño.—Accionados antiguos, por Antonio Peña y Goñi.—La escuela cordobesa en el libro, por D. Jerónimo.—Anuncios.

ADVERTENCIAS.

Si siguiendo la costumbre establecida, el segundo número de LA LIDIA se publicará el martes 3 del actual con las reseñas de las corridas de inauguración y primera de abono; el cromo de este número representa la última cogida del diestro Salvador Sánchez Frascuelo, en la plaza de Madrid.

El exceso de original nos ha obligado a retirar los artículos dedicados a dar cuenta de la cogida y muerte de Saleri y la del Punteret. Los insertaremos cuando publiquemos en breve los dibujos que representan ambas cogidas, debido el primero al lápiz de Chaves y el segundo al de Perea, hechos a la vista de apuntes que nos han remitido nuestros corresponsales de México y Montevideo.

MENÉNDEZ Y ROMERO

6

QUIÉN ME COMPRA UN LÍO?

Historia que parece cuento.

I

En que se narran los antecedentes de esta verídica relación.

Dice Cide Hamete Malengeli (de quien tomamos el presente relato, el más famoso de cuantos han conocido las pasadas y presentes generaciones), que a fines del año del Señor de 1887, hallabase triste y meditabundo a veces, desesperado y furibundo otras, un apreciable señor, Empresario de toros *per se* y *per accidens*, llamado Menéndez.

—Tengo que pagar la contribución—decía con lastimero acento.—Tengo un pagaré a la orden de Molina, otro a la orden de Guerra; un señor de Patilla quiere quitarme las mías, y me quedo corto. Estoy agarrado, estoy desquiciado, estoy reventado. Qué va a ser de mí?

Un silencio glacial acogió estas lamentaciones. Y diz que Menéndez, en el paroxismo del terror, perdida la serenidad y acoquinado por la espantosa soledad que le envolvía, gritó:

—Socorro! Me ahogo! Me muero!

Y cayó desplomado y quedó tendido en el suelo, en decúbito dorsal.

II

En que aparece Mefistófeles, con otros detalles dignos de mención.

Cuando volvió en sí Menéndez, encontráse frente a frente con una aparición fantástica. Era un hombre que llevaba

*al fianco l'acciar
 coleta al cappel,
 la scarsella piena
 un ricco mantello sul dosso
 un vero e bel cavalier.*

Lo mismo que el Mefistófeles del *Fausto* de Gounod.

Menéndez, con la boca abierta, lo contempló extasiado y preguntóle:

—Oh, tú, quien quier que seas, vano fantasma ó hombre, quimera ó realidad! Qué pretendes de mí? Habla, pronuncia, di algo. Qué voz traes? De ruiseñor ó de cuco? De sirena ó de demonio? Vienes a salvarme? Vienes a condenarme? *Io tremante vascolto.*

—No te asustes, hombre, no te asustes—contestó el aparecido.—He oído tus ayes, he escuchado tus angustiosos clamores de socorro, y héme aquí. Qué quieres? Qué te hace falta? Píde por esa boca, hijo, que aquí traigo esto.

Y diciendo y haciendo, exhibió ante los ojos asombrados del Menéndez, una cartera llena de billetes de Banco:

—¡¡¡Λαααααααααα!!!—exclamó Menéndez.

Y volvió a caer de plomado y quedó nuevamente tendido en el suelo, en decúbito supino.

III.

En que asoma Romero y se da cuenta del pacto bilateral y sinalagmático.

Volvió de nuevo en sí el buen Menéndez, y cuenta Cide Hamete Malengeli que, sosegado un tanto el hombre, miró a la aparición, y de reojo a los billetes de banco.

—Escucha—dijo Mefi tófeles.—Hagamos un pacto. Qué es lo que necesitas para salir de apuros?

—La mar!—respondió Menéndez.

—Esa es la que voy yo a pisar en breve. Conque dáte prisa y dime: cuanto te hace falta?

Y añade Cide Hamete que el Menéndez pidió ochenta y tres mil pesetas, y dió en cambio bienes boyales y otras menudencias.

—Ahí van las 83.000 pesetas—repuso Me-

fistófeles.—Pero atiende a las siguientes razones: Tú eres un Empresario averiado, te pareces al caballo de Atila, eres una mancha de aceite. Para que nuestro pacto sea fructífero, échate fuera, nombra un apoderado, yo nombraré otro, y firma una escritura en la cual cedas todos tus derechos para contratar diestros y ganado al apoderado mio. Aceptas?

—Acepto.

—Quién es tu apoderado?

—Trillo.

—Conforme. El mío será Romero.

Y se nombraron los dos apoderados, y se extendió la escritura de cesión de derechos, y Mefistófeles desapareció y marchóse a remotos climas, dejando a Romero árbitro y dueño del cotarro.

IV.

En que el discreto lector verá formarse el lío.

Y sucedió que Romero se sentó en el trono de la Empresa y comenzó a expedir una porción de *ukases*, prescindiendo en absoluto de su coasociado, a tenor de lo que prescribía la omnimoda cesión de los derechos de éste que, en bien del negocio, se había hecho por escritura legal.

Y se dirigió Romero a Frascuelo, y díjole:—Cuánto quieres para torear con la nueva Empresa.

Y contestó Frascuelo.

—Tanto.

Y continuó diciendo Romero.

—Señálame las salidas que tienes, para que jamás puedas torear con tu compañero Lagartijo.

Y respondió Frascuelo:

—Que te las señale el Nuncio, y hemos acabado.

Y Frascuelo se despidió jurando en Dios y en su ánima no torear jamás en Madrid bajo el poder de Poncio Romero.

Y entonces dirigióse Romero a todas las coletas de la cristiandad, y las ajustó una por una.

Y dijo Cara-ancha:

—También a mí me piden que señale el número de salidas? Pues que toree el tío Hurón, que debe tener pocas, que yo no he de pisar la Plaza de Madrid, así me la engarcen en oro.

Y quedó la combinación formada con el acreditado Lagartijo, el valeroso Guerrita, el reputado Hermosilla, el conspícuo Currito y el eximio Lagartija.

Y Romero *videt quod esset bonum*.

Y Menéndez empezó á echar por aquella boca sapos y culebras.

V.

Continuación del precedente, con raros y extraordinarios sucesos que conocerá el discreto lector.

Apenas el rubicundo Febo hubo asomado sus ígneas facciones por la sombría y helada superficie de la tierra, cuando Romero cogió el tren y se marchó á Andalucía.

Y vió á todos los ganaderos del Guadalquivir, del Guadalete, del Guadalmina y del Guadalhorce, y preguntóles:

—Cómo andamos de toros?

Y respondieron:

—Asáz medianamente. Barcelona se los ha llevado todos, y quedan muy pocos; y esos muy caros.

Y Romero abrió la mano á la contratación, y se trajo por orden alfabético todo el ganado vacuno que pasta en las dehesas andaluzas y cortijos adyacentes

Y dejó fuera del alfabeto á los toros de Vegueta, de Saltillo, de Muruve, de Benjumea, de Patilla, de Gómez y de Aleas.

Menéndez dió un salto, agarró el tren, y se plantó en las márgenes de todos los ríos empezados en Guad.

Y cuenta Cide Hamete Malengeli, que Romero y Menéndez se encontraron frente á frente.

Y añade que se miraron con ojos sombríos, y asegura que hubo entre ambos, puños como mientes y mientes como puños, y que se cruzaron quejas, gritos y amenazas de una parte y de otra.

Y diz que Romero dijo á Menéndez:

Usted no es ná; V. no es ná; V. no es chicha, ni limoná Yo represento los cuartos, y aquí no hay más empresa que yo, y yo soy el contratista, y yo soy el dueño, y yo soy el árbitro, y aquí el amo soy yo, y yo, y nadie más que yo

Y Menéndez, aplastado bajo el peso de tantos *yoes*, se volvió á Madrid y dedicóse á meditar sobre la influencia que en las empresas ejercen los *yoes* humanos

VI.

En que estalla la guerra y aparece un nuevo Mefistófeles, con otras circunstancias dignas de mención.

Aproximóse la Pascua florida; tiráronse los carteles; expusieron al público, y se abrió el abono de par en par, con el acreditado Lagartijo, el conspicuo Currito, el reputado Hermosilla, el valeroso Guerrita, y Lagartija el eximio.

Y las letras del alfabeto brillaron en las ganaderías, borrando toda pretensión gerárquica.

Y ocurrió un suceso tan extraño, que el mismo Cide Hamete Malengeli, hace constar el asombro que produjo en la coronada villa.

Y fué que Menéndez solicitó del Gobernador de la provincia, que el dinero del abono se depositara en el Banco de España, ó en la Caja de depósitos, no para garantizar los intereses de los abonados, sino para garantizar los intereses del Menéndez, contra contingencias imprevistas, que pudieran ocurrir á su dulce y cariñoso coasociado!!!

Y el depósito no pudo llevarse á cabo, porque hacía falta la firma de los dos entrañables amigos, y el Romero dijo que firmara Dios.

Con lo cual rompieron las hostilidades, estalló la guerra entre los dos empresarios, y el asunto entró en nuevo é inesperado camino.

—Menéndez, Menéndez, Menéndez! Dó estás?

Así clamaba una voz entre las tibias sábanas en que descansaba un día el Empresario hortodoxo.

Incorporóse éste, prestó el oído, y se estremeció.

—Menéndez, Menéndez, Menéndez! Dó estás?—repitió la voz.

—Aquí, cóngrio!—exclamó Menéndez.—Quién eres? Qué quieres? De dónde me llamas?

—De Sevilla.

—Y quién eres tú?

—Bienhumea.

—Y qué pretendes de mí?

—Que vengas á verme.

—Allá va corriendo.

Y Menéndez se plantó en Sevilla.

Y preguntó Bienhumea á Menéndez:

—Quiéres reinar sólo? Quiéres deshacerte de Romero?

—Me valga Dios!—exclamó Menéndez.—Deshacerme de Romero y morir! Qué hay que hacer? Habla, pide, exige, impón, deshazme de Romero y llévame á los infiernos profundos. Paso por todo con tal de verme libre de ese magyar.

—Cuánto debes al poderdante de Romero?

—Ochenta y tres mil pesetas.

—Bueno; ofréceselas, y si las acepta, se las das y libre. Cuenta con lo que te haga falta, y aquí estoy yo para responder de todo. Hace?

—Que si hace? Eres mi bienhechor, mi salvación, mi providencia. El abono va muy mal; lo han abierto por nueve corridas y con los mismos precios que el año pasado, sin Frascuelo. La afición se ha retraído y la cosa está que arde. Salvador no quiere ni que le mienten á Romero. En cuanto se entere de que vuelvo á ser Empresa única y exclusiva, se contratará con migo, lo anunciaremos, y me he salvado, te has salvado, se ha salvado la temporada, y nos hemos salvado todos.

Y Bienhumea se sonrió, y Menéndez bailó de gozo y abrazó conmovido á su protector, y volvió á Madrid henchido de júbilo.

VII.

En que se acentúa el lío y se preludia al fin de esta verídica historia.

Todo era ansiedad en la villa y corte de España. Los aficionados, formando tertulias en calles, plazas, paseos, cafés, ateneos, casinos y academias, comentaban los sucesos con ardor. Las noticias habían cundido, y los ánimos se desahogaban relatando los intrincados pormenores del lío Menéndez-Romero

En esto, el vigía de Cadiz anunció el arribo del vapor correo de la Habana.

Y el corazón de Menéndez latió con violencia al ver que se aproximaba Mefistófeles

Y llegó el vapor, saltó á tierra el primitivo salvador de Menéndez, y he aquí el diálogo que se entabló entre los dos, tal y como lo ha dejado copiado en sus papeles, Cide Hamete Malengeli:

Después de los saludos, los abrazos y las expansiones de rúbrica, rompió á hablar Mefistófeles:

—Qué hay de nuevo?

—Grandes novedades, oh Mefistófeles!

—De veras?

—Lo que oyes.

—A ver

—Quiéres separarte de la sociedad y lo pasado, devolviéndote yo el capital que aportaste?

—*Bocca d' angelo!* Aunque sea perdiendo.

—No, no perderás ni un cuarto. Me diste ochenta y tres mil pesetas? Pues como estas. Ahí las tienes y pata.

—Eh? Qué has dicho? Ochenta y tres mil pesetas? Tu estás malo ó has pasado la noche de juerga. Ochenta y tres mil pesetas, cuando llevo desembolsados cerca de *cincuenta mil duros*? Cuando digo que tú no estás bueno!

—Pero hombre, en la escritura de cesión figuras por las 83 000 pesetas. Si se te ha antojado gastar tres millones, yo no tengo que ver nada con eso.

—Mira, dale memorias á la parienta y déjame en paz. Vengo cansado y no tengo gana de tarifar con nadie. Te saqué del agua cuando estabas ahogándote, y te he devuelto la vida. Si eres hoy empresario me lo debes á mí. Para poner el cartel de abono me he gastado un sentido. Y vienes á ofrecerme 83 000 pesetas para deshacerte de mí y quedarte solo? El que te puso gurrión, ya entendía de plumas! Anda, déjame en paz, y en Madrid hablaremos.

Y Menéndez calló, y el tren partió, y Bienhumea palideció.

VIII.

En que parece que se acaba y no se acaba, sino que empieza, el gran lío de la presente historia.

Amaneció el domingo de Ramos, y el cielo se preñó de nubes y llovió copiosamente, y el viento sopló con insólita violencia.

Y las gacetas de la noche insertaron en sus columnas el siguiente *remitido* de la Empresa:

—«No es cierto que el Sr. Menéndez de la Vega haya vuelto á encargarse de la Plaza de Toros de esta corte.

»Lo ocurrido, y lo manifestamos para evitar torcidas interpretaciones y garantía de los señores abonados, es lo siguiente:

»El Sr. Menéndez de la Vega, por circunstancias que no son del caso expresar, ha indicado á su socio Sr. Mazzantini deseos de encargarse nuevamente, y por sí solo, de la referida Empresa, y como el Sr. Mazzantini no ha aceptado la sociedad por fines especulativos, ni le mueve ningún interés á continuar en ella, no tendrá inconveniente en cederla al Sr. Menéndez de la Vega, si éste le satisface la cantidad de 45 á 50.000 duros que es la suma hasta el día invertida por el referido matador de toros en la indicada Empresa.

»En este caso probable, en vista del propósito manifestado por el Sr. Menéndez de la Vega, el Sr. Romero Flores continuará al frente de la Empresa hasta verificar la octava y última de las corridas por que ha abierto el abono, y de todas maneras, de retirarse de la Empresa el Sr. Mazzantini, será cuidando de que los intereses de los abonados en las ocho corridas de la presente serie queden debidamente garantizados, como lo están hoy bajo la gestión del Sr. Romero Flores.»

Los aficionados leyeron el anterior jeroglífico, y tristes, sombríos y meditabundos, diéronse á vagar por las silenciosas y húmedas calles de la corte.

Y el cielo se oscureció más y más, y siguió cayendo una lluvia fina y penetrante, batidora de reumatismos y vehículo de hipocondrias.

Y el viento sopló del S. O. y trajo chubascos y saltó al N. O., y se entabló el vendabal.

Y por el influjo que la presión atmosférica ejerce sobre el organismo humano, palidecieron los semblantes, hiciéronse tristes augurios, y la más honda preocupación dominó á todos los aficionados

Y en Niza jubiló Navarrete, y en Madrid entonó himnos de gloria, en *postura dialéctica*, el célebre *maestro* Ferreras.

Y concluye Cide Hamete Malengeli diciendo que el lío Menéndez-Romero terminó, al parecer, por la intervención de Mefistófeles, al cual prometió Fausto entregar los *cincuenta mil duros* en cuanto terminara el primer abono de ocho corridas, quedando el uno con los cuartos muy gozoso y satisfecho, y bajo el poder el otro de nuevos Mefistófeles.

Y añade el suodicho Cide, que Romero dió al Menéndez cumplida satisfacción de pasados abusos, con lo cual quedó la Trinidad oronda y sana, y decidida á atravesar la etapa del primer abono, con esperanzas halagüeñas é insólito ardimiento, y en perspectiva de un porvenir henchido de gozes y bienandanzas.

Pero apunta en sus notas finales Cide Hamete Malengeli, que el año de los tres ochos será fecundo en incidentes de todo linaje; que quien tenga salud verá cosas estupendas, y que los aficionados entonarán á coro el *Tristis est anima mea usque ad mortem*.

Dios sobre todo, añadimos nosotros.

Y Él nos tenga de su mano para dar cuenta de lo que ocurra á los benévolos lectores de LA LIDIA.

D. JERÓNIMO.

RECUERDOS DE ANTAÑO.

Al entrar LA LIDIA en el 7.º año de su publicación, y cuando los asuntos taurinos parecen agotados, Daniel Perea ha querido dar gallarda prueba de que su genio artístico posee una inventiva sin rival, trazando el admirable dibujo que publicamos en nuestro número de inauguración.

Recuerdos de antaño es una mágica evocación del día de Pascua á principios del presente siglo, con variados detalles que contienen todo el perfume popular, la animación y la alegría de la

inauguración en Madrid de una temporada de toros.

No necesitamos llamar la atención sobre el óvalo central, acabado cuadro de verdad, y de poesía en que se manifiestan las excepcionales dotes de poeta, de artista y de observador, que han hecho de Perea una individualidad incomparable en esta clase de asuntos.

El movimiento de la juerga de manolas y chisperos, la Puerta de Alcalá bañada de luz y de polvo y cruzada por coches y calesas, y la salida del toro á la plaza, están trazadas con un lápiz vigoroso y realista, henchido de valentía y de naturalidad.

Y la campana que suena alegremente á gloria, y la bandada de palomas que surca tumultuosamente el espacio, coronan la obra de Perea con un Resurrexit expansivo y jovial, que impregna de color exuberante y rico el hermosísimo trabajo del gran artista.

Del magistral cromó debido al talento de Giménez, basta fijarse en la perfección con que están dados los colores para ver en ella el tributo de admiración y de cariño que la maestría del cromista rinde al maravilloso genio del dibujante.

Aficionados antiguos.

—Lo que V. oye, D. Tadeo.

—No lo extraño, D. Nicolás, porque á mí me sucede lo mismo.

—Naturalmente! El que ha visto lo que hemos visto nosotros, no puede ir hoy á la plaza. A qué? A trogar saliva con las chapuceras que hacen esos titiriteros?

—Y dígalo V. muy alto. Titiriteros y nada más que titiriteros. Eso no es arte, ni torear, ni nada.

—Calle V., hombre; esa es una colección de trampas y embustes para engañar á los majaderos que creen que ven toros y toreros, y no ven más que cabras y saltimbanquis.

—Ha visto V. a lo que ha venido á parar el toreo verdad, el que nosotros hemos mamado y conocido?

—Y qué quiere V. que pase? Las corridas de toros se dan hoy para los horteras y los estudiantes. Hay que divertir á la juventud del día; y así anda ello! Qué ascol!

—Qué vergüenza!

—Qué porquería!

—Y qué me dice V. de los revisteros?

—Qué quiere V. que le diga? Que están á la altura de los aficionados; les dan el camelo escribiendo de toros, como podrían escribir de ferro-carriles, de modas, ó de reuniones de casa grande. Y como no hay nadie que proteste contra las barbaridades que estampan todos los días, siguen adelante y hacen muy bien.

—Verdad; tal para cual. Los aficionados no lo entienden; los revisteros lo entienden menos, y así se juntan todos para despoticar á su gusto. Dónde está nuestro D. Blas Reguera?

—A propósito; qué me dice V. de su hermano Eusebio y de Pepe Neira que todavía van á la Plaza y no pierden una corrida?

—A mí no me diga V. nada, porque ni los saludo desde que lo supe. Buen provecho les haga! Son efectos de la chochéz, y hay que tenerles compasión.

—Pero qué sacarán en limpio de las corridas? Porque si ellos no hubieran conocido, como nosotros, los buenos tiempos del toreo, pase que fueran á ver las mojigangas de hoy; pero mire V. que ir á los toros ahora, cuando se ha visto torear á Francisco Montes y á José Redondo, y á Cayetano, y á Manuel Domínguez!

—Y cuándo se han visto toros de Gaviria, y de Comesaña, y de Torre Rauri.

—Y se ha conocido á Plaza, y á D. Antolín, y á D. Alejandro Latorre, y á Barrutia, y á Veragua el viejo.

—Y dónde me deja V. á Marraci y á López P'legrín?

—Qué tiempos aquellos, D. Tadeo!

—No me los recuerde V., D. Nicolás!

—Hablan ahora de picadores! Se acuerda

V. de Trigo, de Sevilla, de Charpa y de Poquito pan? Aquello era echar los toros por delante, eh?

—Y por detrás, y por los costados, y por donde les daba la gana. Y qué toros! Treinta y seis arrobas uno con otro. Y qué trapío, y qué poder y qué bien colocados!

—Si vieran salir los picadores de hoy, toros de aquellos tiempos, no había uno que pusiera una puya fuera de las tablas.

—Y bien agarrados a ellas, para nadar á gusto y entregar los caballos. Hoy no se tocan las palmas más que á los volatineros. En cuanto cae un picador dando el salto del cigarrón ó aplastado debajo del caballo, ya tiene V. á la gente loca de entusiasmo, y diciendo que eso es un picador valiente.

—Y cuantos más caballos caen y más picadores se machacan contra la arena, mejor es la corrida

—Estúpidos!

—Ignorantes!

—Se acuerda V. cuando Trigo picó veintidos corridas con un caballo tordo?

—Dispéñseme V., fueron veintitrés; porque V. no cuenta la última que fué cuando el caballo quedó muerto de pie.

—Tiene V. razón; ahora me acuerdo que Trigo fué á dar un abrazo de despedida al pobre animal, y cayó hecho polvo

—Don Antolín creo que se mandó hacer una petaca con la piel.

—Justo.

—Qué picar aquel! En las tablas del 13 le entró atravesado en la quinta corrida un toro vazqueño, y Trigo levantó de ancas al caballo, y pasó el toro por debajo sin rozarle. Para que vayan á hacer eso los babiecas de ahora!

—Pero dónde se han visto picadores que se llaman Chuchi y Badila?

—Qué vale eso al lado de otros toreros de á pie y de á caballo? Oiga V.: Mazzantini, Bartolesi, Verduti Parece una compañía de ópera!

—Si, hombre, sí; y como tenores italianos hacen ahora los toreros la carrera. No lee usted los telegramas de los periódicos? No se entera V. de los toros que se reciben en provincias? Y de las ovaciones, y de las orejas, y del delirio universal de todo el público?

—Y estos papanatas de Madrid lo creen todo, y así sucede que, en cuanto á un mal novillero le tocan las palmas porque baila delante de los toros, ya se cree un Montes y pide mil duros por degollar dos ó tres borregos en cada corrida.

—Hablabas V. de los picadores? Y qué me dice V. de los banderilleros? Lo menos necesitan dos horas para poner un toro en suerte. Y en cuanto el animal hace un movimiento, ya están volviendo la talega y corriendo como gamos!

—Lo mismo que el Regatero y el tío Capita el tuerto! Si esta gente viera hoy parear á Angel, como pareaba antes de que el Cuco y Muñiz le metieran á matador, para quitárselo de encima, qué dirían?

—Qué habían de decir! Puede que le pegaran una silba No ve V. que para la afición del día la verdad es la mentira y la mentira es la verdad? Aquello les parecería demasiado serio. Sin mojiganga, no hay toreo posible hoy en día.

—Recuerda V. aquel par que puso el Regatero en las tablas del 9, á un toro de Mazpule que no quería sacar la cabeza de entre las manos? Al llegar al centro le pegó Angel al toro un puntapié en los hocicos, y cuando levantó la cabeza, le clavó el par en las péndolas.

—Vaya si lo recuerdo! Estaba yo en la grada 6.^a con D. Sivestre, el tapicero de la calle de la Montera Fué la corrida en que Cayetano lanzó de capa al cuarto toro con aquellas tres navarras que le hicieron llorar al Chiclanero.

—Y dónde me deja V. á Chauchau?

—Yau, yau! Eso sí que era un banderillero sin adornos, ni desplantes, pero serio, y apañado y valiente!

—Mire V. que lo que pasó con aquel toro de D. Elias Gómez el día de San Isidro, hay que haberlo visto para creerlo.

—Qué fué?

—Pero hombre, haga V. memoria, y tiene V. que recordarlo á la fuerza. Fué cuando Chau-chau resbaló en la cabeza del toro y se clavó una banderilla en el muslo, en los tercios de la puerta de Madrid. El toro lo cogió, lo volteó y resultó que le desclavó la banderilla, como con un bisturí, y le dejó en la cisura una lámina de asta que quedó pegada como un aglutinante, y sanó instantaneamente el rasguño.

—Caramba! Pues tiene V. razón; fuí yo aquel día con el Sr. Pascual, el de Puerta de Moros, el compadre del Coriano. No fué en esa corrida donde Montes paró en firme al cuarto toro, al salir de los toriles?

—No recuerdo.

—Sí, hombre. Salió el cuarto toro y estaba Montes en los tercios, cuando se le arrancó como una bala. Comprendió Paquiro que no le daría tiempo para coger las tablas, y dejó llegar al toro, y cuando iba á derrotar para engancharlo, gritó Montes juuuuuuh! y se detuvo el toro como asustado, y Montes le volvió las espaldas, y se sentó tranquilamente en el estribo. No se acuerda V.?

—Es verdad, es verdad, pero no fué en aquella corrida; fué en la que se dió el día de la Ascensión, cuando Sevilla picó el sexto toro con una caña de pescar; aquel toro gijón que arrolló á José yendo por el hilo de las tablas, en el 4.

—Pero qué vale eso al lado de lo que hizo Montes en Cintruénigo en 1842? Señores, aquello sí que fué lo más grande que he visto en toda mi vida!

—De veras?

—Mire V. Había apostado por la mañana á que en la corrida de la tarde, tomaba chocolate con un toro y, no lo creará V., pero lo tomó, como estamos aquí los dos vivos y sanos.

—Parece mentira!

—Pues es el Evangelio. Verá V. cómo lo hizo Salió el segundo toro (se me figura que lo estoy viendo, de Comesaña era), y el tío Montes cogió una gran servilleta, tan grande como un mantel. Se fué al bicho, y con la servilleta empezó á darle unas verónicas tan ceñidas, que á la sexta se quedó el toro clavado en suelo y con la lengua fuera.

—Si, eh?

—Como V. lo oye. Entonces fué Montes, y con un recorte tan ceñido que todos le oímos crujir los huesos al toro, le colgó la servilleta al cuello, agarró el capote, y con dos cuarteos en la misma cabeza, sentó de culo al animal. En seguida mando sacar una mesa, la puso delante del toro, colocó allí dos jicaras de chocolate pero de chocolate, de verdad, comprado en casa de Castuera el de la Plaza del Mercado, y se puso á mojar sopas y á darselas al bicho.

—Que admirable!

—Calle V., hombre! El animalito parecía encantado, y en cuanto Montes le ofrecía una sopa, sacaba la lengua y se relamía como un perro faldero. Yo no he visto nunca cosa semejante; el público se volvió loco y perdonó la vida al toro y sacó á Montes en hombros de la plaza. En el Ayuntamiento de Cintruénigo están las dos jicaras que no me dejarán mentir.

—Si aquel hombre hacía unas cosas! Le ví yo en la Plaza de Toros de Alcalá de los Panaderos un quite, que todavía cuando me acuerdo, me tiemblan las carnes.

—Cuenta V., cuenta V.

—Pues picaban aquella tarde Charpa y Trigo. Salió el quinto toro y sacó una cabeza tan atróz, que agarró al caballo de Trigo, y lo levantó en vilo y lo llevó así hasta tropezar con el caballo de Charpa. Cogió al seguado caballo con el cuerno que tenía libre; lo levantó en vilo también, y salió hacia los medios llevando un caballo y un picador encima de cada asta. Se paró de repente y ¡zás! de un derrote sacudió los dos pencos como dos felpudos, y los tiró dos

metros en alto, y Trigo y Charpa cayeron los dos en los lomos del animal y quedaron montados. Qué hace entonces Montes? I es grita a los picadores:—Quietos y agarrarse! Y extendió el capote y aguantando al toro se lo llevó paso a paso a las tablas como un penco aspeado. Y cuando estuvo en las tablas, le hizo arrimarse bien a la barrera y los picadores se desmontaron por el estribo y tomaron el callejón tan guapamente. Los dos abrazaron á Montes llorando como criaturas, y crea V que no faltó en la plaza quien sacase hecho agua el moquero

—Caramba! No había oído contar eso nunca. Lo que sí había oído es el famoso quite del Chiclanero en Tarragona.

—Cuál?

—El que hizo al tío Pinto; me lo contó don Senen Chamorro, el tirador de oro de la calle de D. Pedro, que lo vió el 49; por la Asunción

—Y qué fué ello?

—Pues dice que se corrían toros del Pinganillo de siete años hechos. Salió el segundo de treinta y nueve arrobas, amelocotonado y muy veleta, y le entró suelto al tío Pinto, lo cerró en las tablas y lo dejó, orilla de ellas, en descubierto. El toro se quedó lamiéndole materialmente y sin salida para el librador, porque no había sitio para aguantar por dentro.

—Demonio! Y cómo hizo el quite José?

—Pues se metió á escape en el callejón, y diciéndole á Pinto que no se moviese, y mandando un peón á la cola con una banderilla, hizo que se la clavaran al toro en la cola. El animal embistió furioso á los tableros, clavó allí los dos cuernos, y entre José y otros dos hombres, le sugetaron las astas desde el callejón, y Pinto se rodó de entre las patas del toro, salió fuera y se metió en el callejón. Entonces soltaron las astas y se vino la plaza abajo.

—Qué José!

—Le dió el tío Pinto un abrazo y un beso, que dice D. Senen que se oyó en toda la plaza. Aquel toro lo mató el mismo José de una estocada recibiendo, hasta la mano.

—Se acuerda V. cómo recibía toros aquel hombre? Siempre riéndose en la cabeza. Y qué tener los pies clavados en el suelo! Y qué manera de vaciar! Y qué garbol! Y qué finura! Y qué elegancia!

—No hable V. de eso, hombre, donde está el cordobés. Ese sí que dicen que es elegante!

—Sí, señor, sí; muy elegante para dar el paso atrás y matar á paso de banderillas.

—Pero ahí tiene V. al granadino, al coloso de Churriana, que á valiente, no le gana nadie.

—Ya lo creo que no! Póngase V. delante de una locomotora, y deje: aplastar por ella. Así es el valor del Morucho.

—Y los toros que mata recibiendo?

—No me haga V. reir, hombre. Qué sabe ese lo que es recibir, y qué saben los estúpidos que le aplauden esa chapucería indecente?

—Hoy llaman pasces de muleta á la zaragata de torear agachado ó bailando. Si hubieran visto á Cayetano en sus buenos tiempos, sabrían la diferencia que hay entre tomar los toros cortos y castigarlos en un palmo de terreno, y dejarse torear por ellos como aprendices de novilleros en Canícula

—Y estoquear según las reglas del arte? Eso se ha acabado para siempre. Antes se torea á los toros en su terreno, y se entraba á matar desahogadamente, dandoles la lidia que pedían. Treinta y nueve pinchazos le ví dar una vez á Montes á un toro de Barbero que se tapaba y no cesaron las palmas un minuto. Pero aquello era dominar á una res á fuerza de inteligencia. Ahora lo que quieren es que los toros se maten á estoconazo limpio, salga lo que saliere; el arte no les importa nada; la cuestión es acabar pronto y mal.

—Mire V.; á propósito de eso, Manuel Domínguez mató el año 52 un toro en el Puerto, que no he visto nunca un hombre más valiente. El bicho se defendía con un caballo muerto, y fué el Sr. Manuel y le pinchó cuatro veces á

volapié; le clavó siete estocadas cortas con los terrenos cambiados, y le hizo al fin doblar de una sobrada, entrando por dentro. Allí se vió consentir á un toro en su querencia.

—Y el público?

—Anda, anda! Pues que le dió el toro y una serenata por la noche.

—Lo mismo harían ahora!

—La verdad es que hoy todo flaquea por la base. Dónde está la dirección de la plaza? Entonces cada peón estaba en su puesto, y hacía lo que le mandaban y nada más. Los picadores salían por su orden, y entraban al toro sin atropellos y como es debido. Los caballos se defendían según arte, y no había carnicerías como ahora. Los banderilleros buscaban á los toros en todas partes, y en todas partes ponían los pares. No había salidas falsas, porque el que hacía dos, iba al estribo. Se corrían los toros por derecho; no se quebrantaban con recortes; en la plaza había la gente necesaria y nada más; el picador picaba, el banderillero pareaba y el matador mataba

—Y añada V. que los toros eran toros, estaban criados, tenían poder, y defensas, y carnes, y daban juego siempre, porque se torea en regla. Si había cogidas como la del Cano y el pobre Bocanegra, la culpa era de ellos y no de los toros.

—Y diga V. que sí. Aquello era orden!

—Y formalidad!

—Y respeto al director de la plaza.

—Y había un D. Melchor Ordóñez.

—Y Empresarios como los Villalbilla y Palacios y Angulo y D. Justo Hernández.

—Esos eran Empresarios y no el de hoy, que si pregunta V. por su domicilio, puede que no lo sepa nadie.

—Aquello era ver torear toros!

—Aquello era gozar!

—Y no lo de hoy. Qué vergüenza!

—Qué asco!

—Qué porquería!

—Qué degradación!

—Titiriteros!

—Volatineros!

—Saltimbanquis!

Y hay la mar de gente que se impresiona oyendo esas cosas!

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

LA ESCUELA GORDOBESA EN EL LIBRO.

Madrid en 1887 (año tercero), se titula un precioso volumen de 516 páginas que se ha publicado muy recientemente, y sobre el cual ha emitido unánime y halagüeño sufragio la prensa madrileña.

Su autor es el fecundo y chispeante escritor D. Enrique Sepúlveda, que desde 1885 inclusive, ha dado en la útil manía de recopilar en un tomo todos los hechos más salientes del año en Madrid.

Tarea fácil para un escritor de tijera de esos que son en el periodismo actual trasuntos fieles del pescador de caña (vulgo... otra cosa), conviértese en trabajo complejo y erizado de escollos para el literato que quiera condensar en las páginas de un libro la fisonomía peculiar de Madrid, con sus veleidades, sus ligerezas, sus sentimentalismos de pura convención y sus accidentados contrastes.

En el primer caso queda un programa desabrido y monótono, que sirve, como los diccionarios, para no encontrar en él la palabra que se busca. Esta es la corteza de Madrid que conocemos todos.

En el segundo se destaca el ambiente de la población, el vaivén de sus habitantes, su carácter, sus usos y costumbres, la vida impregnada del *sans souci*, y de la adorable gandulería con que nos brinda diariamente este hermosísimo Madrid en los doce meses de cada año.

Madrid en 1887 tiende á ese fin, y lo consigue cumplida y brillantemente, merced á las dotes de un escritor que ha trasladado á su libro los sacrosantos principios de la *escuela cordobesa* en el toreo.

Dicen que Sepúlveda es lagartijista inverosímil, es decir, lagartijista de la clase de sensatos. Su último libro lo demuestra, y es aplicación oportunísima é ingeniosa de las pragmáticas del Korán califeño.

Lagartijo torea reses bravas con esa gallardía, con esa apostura y esa maestría consumada, que han seducido á dos generaciones.

Sepúlveda torea á Madrid, lo recorta con los vuelos

de un capote elegante y fino, lo trae á jurisdicción con pases de adorno, y se deshace de él alegremente, sin meterse en honduras filosóficas, y dando al bicho zumbón, despreocupado y noble á la vez que tiene delante, una muerte adecuada á tales condiciones.

La espada del literato es acero dorado que resbala suavemente por la superficie de Madrid, y produce ligeras equimosis en la piel del paquidermo. Si brota la sangre, restañala el mismo escritor, y queda la cisura que basta para fijar el sitio de la herida. A qué medir su profundidad?

Sepúlveda sabe que vivimos en el país de la ligereza, y no quiere desviarse del camino en que le han de seguir los madrileños todos.

Su libro contiene, pues, el perfume de la corte; es una colección de frascos que encierra la esencia de Madrid, durante el año próximo pasado.

El teatro, la sociedad, los toros, la política, el mar y la tierra, la pesca y la caza, el periódico y el libro, todo está allí y desfila ante el lector, como kaleidóscopo lleno de luz y movimiento, que deslumbra y encanta siempre.

Sepúlveda torea con cuadrilla. Y qué cuadrilla! Agustín Lhardy, Juan Comba, Laporta y Alfredo Souto.

Son los pintores escenógrafos de la comedia madrileña que el escritor ha copiado del natural.

Todos toreaan de adorno, recortan, dan largas, hacen quites á punta de capote, ejecutan quiebros y abrillantan la lidia con toques de lápiz y de pluma ante los cuales no hay sino batir palmas y llenar la plaza de sombreros y cigarros.

Y así transcurre esa corrida de doce meses, entre la alegría general, dando el público al matador las doce reses madrileñas, y colmando á la cuadrilla de entusiastas aclamaciones.

El público de Madrid asistirá seguramente en masa á la brillante fiesta nacional que Sepúlveda idealiza con las dotes de su ingenio, y que valdrá al reputado escritor aplausos y *quatrini*.

Apuntemos, para terminar, y por deber de conciencia, un pequeño incidente en el cual Sepúlveda se se para completamente de la *escuela cordobesa*, para entrar de lleno en la que manda *parar los pies*, y arrancar *corto y derecho*.

Qué incidente es ese? Libreme Dios de nombrarlo con pelos y señales! Busque el lector la página 353 (mitad inferior), y lea hasta la página 354 (mitad superior.)

Tu quoque, Sepúlveda! Collaborator eris vel fueris. Lidia angustia!

Que qué quiere decir ese latinajo con coleta? Pues que el autor de *Madrid en 1887*, acabará por colaborar en LA LIDIA. Ya lo verá Vds.

D. JERÓNIMO.

ANUNCIOS.

LA LIDIA.

Revista Taurina. — Año sétimo.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre.	pesetas	2'50
Provincias: »	»	3
Ultramar y Extranjero, año.	»	20

Colecciones completas del 2.º, 3.º, 4.º, 5.º y 6.º año, á pesetas 15.

Tapas para la encuadernación de las mismas, á Pts. 4.

Todos los corresponsales obtendrán descuentos en los libros, colecciones y tapas.

OBRAS TAURINAS DE LA LIDIA.

<i>¡Cuernos!</i> por D. Antonio Peña y Goñi.	6 pts.
<i>Lagartijo y Frascuelo y su tiempo</i> , del mismo autor (4.º mil).	5 »
<i>Bibliografía de la tauromaquia</i> , por D. Luis Carmena.	4 »
<i>¡Duro ahí!</i> por D. José Sánchez de Neira.	1 »
<i>El Fraile del Rastro</i> , por D. Eduardo del Palacio.	1 »

EN PREPARACIÓN

EL ARTE DE VER TOROS

ó guía del buen aficionado.

POR

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27, MADRID.

